

Homilía ordenación

Diácono permanente PABLO EDGARDO CORONA

Tal como dice el lema que elegiste para tu ordenación, “*Nosotros amamos porque Dios nos amó primero*” (1 Jn 4, 19). Dios nos amó primero, Dios te amó primero.

El amor de Dios es pura gratuidad, no es por nuestros méritos o capacidades; por eso no te olvides nunca, y dejate siempre sorprender por este hermoso misterio: Dios te amó primero y por eso te convoca a anunciar su amor a los hermanos.

Nos sucede como a Pedro y a Juan en la primera lectura “*eran personas poco instruidas, y sin cultura*” (Hech 4, 13), y, sin embargo, y a pesar de sus limitaciones, son elegidos por Dios en su infinita misericordia para testimoniar su amor.

Nos sucede como a María Magdalena de quien *había echado siete demonios*, (Mc 16, 9), la primera que recibe la buena noticia de la resurrección, *la apóstol de los apóstoles*, que cuenta a todos lo que vio. Especialmente, y tal como nos dice el evangelio de hoy, a los que *estaban afligidos y lloraban*. (Mc 16, 10).

Querido Pablo, sentite siempre como Pedro y Juan, un hombre sencillo de pueblo, que nunca te sientas especialista y docto en las cosas de Dios, aunque te critiquen como a ellos de ser poco instruido. Animate a decir *no sé*, animate a buscar con otros, y a no sentarte dueño de la verdad; Solo Cristo es la Verdad.

Sentite como María Magdalena; agradeceré todos los días que te haya liberado de tus propios demonios. Recordarlo te hará siempre más consciente de tu propia vulnerabilidad y del amor misericordioso de Dios que te sana.

Los siete demonios de María Magdalena habrán sido en su vida una mochila muy pesada que aplastaba su dignidad, que quizás la tenían como aquella otra mujer de la que nos habla el evangelio de Lucas en el capítulo 13, la mujer encorvada.

Como Jesús servidor, te animo a acompañar a quienes sufren distintos “demonios” en nuestra querida ciudad de Buenos Aires, por el peso de la soledad, del abandono, de la indiferencia, de la exclusión social. Como decía Don Orión, *Señor, colócame en la boca del infierno, para que yo por tu misericordia, la cierre*.¹ Que estés siempre cerca de aquellos hermanos para los cuales su vida es un poco un infierno de dolor y sufrimiento.

Y, como diácono de la arquidiócesis, también te invito a sumarte con entusiasmo a echar algunos demonios que nos tientan como Iglesia:

El demonio del clericalismo, a la que el Papa Francisco define como el veneno de la Iglesia, cuando, quizá sin darnos cuenta, mostramos a la gente ser superiores, privilegiados, colocados “en alto” y por tanto separados por el resto del pueblo santo de Dios. Estoy

¹ ORIONE, San Luis, *Directorio de Espiritualidad*, n.321

convencido que el clericalismo es síntoma de una vida clerical y laical tentada de vivir en el rol, y no en el vínculo real con Dios y los hermanos. Demuestra una enfermedad que nos hace perder la memoria del bautismo recibido, dejando en el fondo nuestra pertenencia al mismo pueblo santo y llevándonos a vivir la autoridad de manera abusiva, como patrones de estancia, dando órdenes y haciéndonos servir. Y por favor, no clericalicemos a los laicos. Los laicos son laicos. Varias veces escuché: *“Monseñor, yo en la parroquia tengo un laico maravilloso: trabaja, organiza todo... ¿lo hacemos diácono?”*. Como si ser laico fuese menos...

El demonio del diácono suplente del cura: creyendo que, porque no hay vocaciones sacerdotales, necesitamos de algunos hombres que hagan más o menos lo mismo, reemplazando a los sacerdotes, como si el diaconado no fuese una vocación de la Iglesia en sí misma. Los diáconos no son “medio sacerdotes”, o curas de segunda categoría, ni “monaguillos de lujo”; son servidores que hacen todo lo posible para que nadie quede excluido y el amor del Señor toque concretamente la vida de las personas.

El demonio del *siempre se hizo así*: Esto es una resistencia al Espíritu. Así se mata la libertad, se mata la alegría, se mata la fidelidad al Espíritu Santo que siempre actúa hacia adelante, llevando adelante la Iglesia. El que sirve no es esclavo de la agenda que establece, sino que, dócil de corazón, está disponible a lo no programado: solícito para el hermano y abierto a lo imprevisto, que nunca falta y a menudo es la sorpresa cotidiana de Dios. El siervo está abierto a la sorpresa, a las sorpresas cotidianas de Dios.

El demonio del preciosismo litúrgico: que también tienta a los diáconos muy preocupados por su dalmática y su *clériman*, demasiado ligados a la mesa del altar, pero olvidando su misión de servicio. El diácono es el custodio del servicio en la Iglesia. Como decía Francisco a los obispos de Madagascar en septiembre del 2019: *por favor, no tengáis los diáconos en el altar: que hagan el trabajo fuera, en el servicio. Si deben ir en misión a bautizar, que bauticen: está bien. Pero en el servicio, no hacer sacerdotes fallidos.*²

El demonio de la queja constante y de la mala onda: Como digo en la carta pastoral, *en el difícil contexto económico social argentino es revolucionario sostenernos en la alegría, pero una alegría profunda y duradera, la que nace del encuentro con el Señor, y también la que nace de la cruz, sí, de la cruz, porque en ella descubrimos la expresión más grande del amor de Dios por nosotros, cuando entrega hasta su propia vida para salvarnos.*³ Tenemos que ser testigos alegres de Jesús resucitado, con buen trato, con una sonrisa, con palabras de esperanza, con gestos cordiales, con un compromiso jugado que anuncie al mundo que seguimos creyendo que el proyecto del Reino es posible.

Y aquí una anécdota sencilla: recuerdo algunos diáconos que parecía que se “agarraban” con la gente, con mal humor y rigidez, después de pelearse con la esposa o con la suegra. Como también dice Francisco a los diáconos permanentes: *espero que seáis buenos esposos y buenos padres. Y buenos abuelos. Esto dará esperanza y consuelo a las parejas*

² FRANCISCO, *Discurso a los obispos*, Madagascar septiembre 2019

³ GARCÍA CUERVA, Jorge, Carta pastoral *La revolución de la alegría*, Buenos Aires marzo 2024

*que pasan por momentos de fatiga y que encontrarán en vuestra sencillez genuina una mano tendida. Podrán pensar: “¡Mira nuestro diácono! Se alegra de estar con los pobres, pero también con el párroco e incluso con sus hijos y su mujer”. ¡También con la suegra, es muy importante! Hacer todo con alegría, sin quejaros: es un testimonio que vale más que muchos sermones. Y nada de quejas, adiós. Sin quejarse.*⁴

Querido Pablo, en tu ordenación, que es mi primera ordenación de diáconos permanentes, te comparto estas ideas desde el corazón, pero también queriendo expresar cuál creo es el diácono que necesita la Iglesia hoy en Buenos Aires, identificado con Cristo siervo, junto a los pobres, animando y acompañando pastorales diocesanas, junto a las mesas del dolor en la ciudad, en la cárcel, en los cementerios, en los hospitales, en las calles, allí donde como María Magdalena se derraman lágrimas, (Cfr, Jn 20, 11), y se necesita la buena noticia del Evangelio: que Jesús está vivo y que venció a la muerte para siempre.

Que el Resucitado te regale pasión, audacia y alegría, y que realmente *no puedas callar lo que has visto y oído*. (Cfr Hech 4, 20)

Y ya que lo citamos a San Luis Orione hace unos minutos, lo volvemos a hacer para terminar: Querido hermano Pablo, como decía el santo de la caridad: *¡Ave María y adelante!*

Mons. Jorge García Cuerva

Arzobispo de Buenos Aires

6 abril 2024

⁴ Francisco, a los diáconos de Roma, junio 2021